

quietecito horas enteras, en saber un buen trozo del Catecismo, de memoria, en oficiar el rosario en las horas tremendas, comer con tenedor y cuchillo, dar las gracias á tiempo, besar la mano á los padres y decir que quería ser emperador, santo sacerdote, ó, cuando muy menos, mártir del Japón.

En cuanto á la niña, le era permitido dar sus ojitos y sus piernitas á los amigos, hacer comida con sus muñecas, ir á la iglesia con los ojos bajos, comer poco... rezar mucho y no querer jugar al merolico con sus primos; sino ser monja.

Retozos, maldades, robillos, malicias, etc., etc., tenían el poderoso atractivo de lo ilegítimo, y por la misma espontaneidad hacían progresos, cuidando, por supuesto, del tinte de falsedad é hipocresía indispensables para el bienestar de la familia.

Pero lo que creo decisivo en mi primera edad, fué la muerte de mi tía Doloritas, y quiero referirte sus incidentes, porque aun hoy me impresionan con sigular energía.

Era mi tía Doloritas una chicuela de quince abriles, tan fina, tan alegre, pero sobre todo, tan linda, que eco de flores y de celajes y de arcángeles me parece deshecho y escoria para abastecer de tintas mi paleta para pintar su belleza; luz de lucero se desprendía de su cutis, y la alegría juguetona parecía reconocer por fuentes sus sonrisas; su mirar apacible hubiera serenado una tempestad, ó producido una erupción volcánica, si ella no fuera ignorante de su magia....

Era la niña, pero transformándose en joven; eran los fuegos errantes de la pasión vistos al través de celajes divinos de inocencia y bondad.

Tía Doloritas era varonil y tierna; nos acaudillaba en los juegos; recibía nuestras confidencias infantiles; era nuestro ideal de talento y de gracia.

Para celebrar los días de un tío, sacerdote ejemplar, dadivoso y tierno, dispúsose un entremés, y se fijaron por aclamación en el «Estreno de los Locos.» Eran muchos mis primos y para todos había magníficos papeles... El Loco Enamorado, el Jugador, el Músico, el Pintor... Por supuesto, el custodio, superior ó capellán de los locos era, ¿quién lo duda? mi tía Doloritas, con su sombrero acanalado, su sotana, su zapato con hebilla y su media negra, su látigo *ad terroren* y su habilidad exquisita para secundaren sus manías á todos los locos y mantener el interés dramático.

Los ensayos del sainete eran en uno de los harineros de la panadería de mi padre, ó en otra panadería de mi tío, calle 1^a de Mesones, panadería llamada de Horcasitas, núm. 14, donde existe hoy una populosa casa de vecindad.

Aquellos ensayos de locos eran invasiones, tumultos, la abdicación del juicio; el verdadero triunfo de la locura; pero nosotros gozábamos, gozábamos hasta... hasta convertirse en sobrenatural la dicha... Mi tía irradiaba en el centro de aquellas substanciaciones de la bienaventuranza celestial.

Después del ensaye y de algún *piscolabis* apetitoso,

la concurrencia se retiraba y yo caía rendido de sueño en mi cama.

Yo dormía en un extremo de la misma recámara de mis padres, en mi catre, con sus correspondientes cortinas.

En el rincón opuesto, dentro de un lebrillo de cobre con agua se colocaba la veladora y á distancia un lienzo para que moderase la luz. . . .

Dormía sin duda profundamente, y como en los sueños sucede, surgieron á mi rededor y vi distintamente unas personas extrañas, envueltas en sendas capas negras, con los pies desnudos y blancos como el marfil, que me hacían señas de que las siguiese; yo de una veía tan sólo la frente y un ojo, y de la otra una dentadura blanquísima. Yo seguí sin repugnancia á aquellas estrambóticas figuras, que más que andar, se deslizaban á mi frente las seguí, y tomé asiento en una pieza oscura frente á una ventana desde la que se veían distantes relámpagos. A poco percibí una luz lejana, y gente que se dirigía en tropel á la pieza donde yo estaba

Acercóse el grupo, y penetró en la pieza . . . yo reconocí el comedor de la casa de mi tía Doloritas; la luz se inclinó al suelo y en los rostros de los circunstantes reflejaba como luz de llama.

Alumbraron un bulto que estaba como envuelto en un tápalo encarnado; era tía Doloritas, derribada, inerte; pero aquella no era su fisonomía angélica; sus ojos estaban como saltados de sus órbitas el color era re-

negrido, la nariz ensanchada, la boca negra y abultada; aquel era un monstruo que me hizo gritar de terror sin duda grité y despertaba entre los halagos de mi santa madre y sus oraciones y su persignarme.

Cuando se oyeron toques precipitados en la puerta del zaguán el señor mi padre salió apenas embocado en su capa al balcón.

—¿Quién es? ¿qué se ofrece?

—Yo soy, señor amo.

—¿Camilo?

—Sí, Camilo, el criado de la niña Doloritas.

—¿Qué ocurre?

—Que la niña Doloritas se muere allá está el padre, yo les vine á avisar á Uds.

—Corre, vuelve y dí que allá vamos.

A pocos minutos estábamos en la casa de tía Doloritas, y digo estábamos, porque yo por nada del mundo quise abandonar á mis padres La casa resonaba con los lamentos de dolor, y á cada paso nos sorprendían desgarradoras escenas. Mi madre, en el arrebato de su tormento, penetró en la alcoba en que estaba el cadáver, y yo, inapercibido, en pos de ella.

Y era mi tía Doloritas; es decir, se le sospechaba en aquellos ojos fuera de sus órbitas, en aquella boca contraída, en aquel espantoso trastorno de la fisonomía humana, y para que nada faltase para impresionarme, la ceñía al desgarrar un lienzo encarnado que acentuó de un modo espantoso las reminiscencias de mi sueño después no sé lo que pasó.

Volví en mi acuerdo en mi casa rodeado de atenciones, cargado de escapularios y medallas y con un aparato tal, que realmente me trastornaba.

La sombra más ligera, el ruido más tenue me estremecían, y en las noches, que eran para mí de insomnio y lágrimas, me cercaban vestiglos, me llamaban fantasmas y veía abiertos abismos á mis pies.

Mis primos y los dependientes de la casa que acababan de verme alegre, buen jinete y bullanguero, se esforzaban por divertirme. . . . luego me burlaban. Mi tía Juanita entró en consulta con sus padrecitos y me echaron evangelios, y me metieron más y más en la iglesia.

El señor mi padre, lleno de congoja y persuasivo quería tranquilizarme; otras, severo, me encerraba en la capilla de donde una vez me sacaron moribundo.

Mi predilecto arrimo era mi madre, mis primas y las criadas.

Ellaş inventaban juegos y recitaban versos; leían «Los desengaños de la vida» y el «Flor Santorum,» y me declamaban trozos de Lope y Calderón de la Barca, que yo aprendía de memoria, haciéndome de prestigio inmenso para las veladas y tertulias femeninas.

Mi padre, como todas sus relaciones eran de comerciantes y labradores, en el estante en que con muestras de trigo y piezas de la maquinaria del Molino se guardaba el tintero y las listas de la raya, se veía un «Periquillo,» unas «Tardes de la Granja» y unos «Viajes de Gulliver» lado á lado de las poesías de Arriaza, que eran

entonces alfoji de ternezas y maná de corazones ardientes y enamorados.

Estos libros, mi tía Juanita y sus prácticas, cuentos y chismillos de crónica y el amparo de mis primas que tenían su sazón de temporal y eterno, fueron abonos que no dejaban marchitar de todo la planta de mi infancia. Los juegos de la barra y la rayuela eran mis ideales, y ni Aquiles ni Patroclo, ni Ajax ni nadie se presentaron jamás á la imaginación humana como los maromeros que se equilibraban en la feata en una silla, los que buscaban el viento en un alambre, los que dominaban el paso y contrapaso y los que vencían al mismo viento en saltos, machineuepas y cabriolas.

Por supuesto que el payaso era mi adoración.

No me faltaban inclinaciones á las travesuras, y aquello de poner un cohete en la cola de un perro, para que al chisporrotear y tronar bebiese los vientos; aquello de atar un papel á la cola de un gato para que se enloqueciese dando vueltas, ó calzarlo con cáscaras de nuez y cera, para que resbalase á cada movimiento, me era familiar, perfeccionándome en la mentira para las disculpas. Con este motivo, recuerdo á un chico del General Miñon, en quien era defecto culminante la mentira, hasta no creérsele una palabra, y constituirse en verdadera notabilidad.

Afligidos los padres del chico por aquella manía que se tornaba cada vez en más incorregible, le hicieron entender que era en vano que mintiese, porque Dios tenía determinado que cuando mentía un niño se le

parasen unos cabellos en la frente para denunciarlo.

Un día, poco antes de comer, llegó el chico sin alcanzar resuello y con muestras de terror en el semblante, diciendo que en la casa de su padre grande se verificaba un suceso horrible. No diciendo el por qué, contaba el niño que su abuelo había reñido á un criado por una falta; que el criado contestó áspero y grosero; que el abuelo le dió un bofetón; que entonces el criado había herido al anciano, que atropelló á la señora; que yacían en el comedor en medio de un mar de sangre.

El Sr. Miñon oyó el relato, y espada en mano, fuera de sí, salió de la casa; atravesó la calle, y en un salto llegó al comedor donde encontró á sus padres comiendo con la mayor calma y en la mejor armonía.

Hiciéronse aclaraciones, y volvió Miñon frenético en busca de su hijo. Estaba éste al frente de un espejo viéndose, y al verle venir, le gritó: *¡Papá, papá; venga usted á ver esto, no se me para nada por la mentira!..*

La muerte de mi abuelo, acreciendo nuestra fortuna, nos hizo trasladar á México, en donde en menos que canta un gallo adquirí nuevas relaciones y se abrieron á mis ojos horizontes espléndidos.

Las tardes de los domingos concurríamos al teatro donde el «Anillo de Giges,» «Juana la Rabicortona,» «El Mágico Prodigioso» y otras preciosas comedias alternaban con el café «D. Dieguito» y otras más para la gente de pelo en pecho.

Prieto regeneraba la escena; la Montenegro daba vida «A la Vejez Viruelas,» de Bretón; la chata Munguía

recordaba sus canciones picarescas; Rocamora esclavizaba las almas con sus «Hidalgos de Medellín» y el «Trípoli;» Isabel Rendón, la Gamborino y Aguila, incendiaban los espíritus con sus zorucos, sus boleros y su baile inglés.

En cuanto á toros, acababa de ocurrir el incendio de la gran plaza de San Pablo, y eras las alborotadas auroras de Necatitlán instalado bajo la protección del comercio con D. Javier Heras, encanto de los cajones de ropa y joya y ornamento de la Tauromaquia.

Chiquitín, ágil, alegre y valiente como un Cid, D. Javier explotaba su diversión como nadie: almuerzos y meriendas, montes parnasos y palos ensebados, figurones y suertes peligrosas, todo lo aplicaba D. Javier con exquisita habilidad, desmoreciéndose por él los pollos ecuestres, siendo el bello ideal de los valientes, la adoración de las currutacas y, sobre todo, de las chinás de castor con sus puntas enhiladas.

En su circo se lucían Vicente Avila, sin rival para la garrocha; Mariano «La Monja,» como primera espada; Pajitas, como banderillero sin segundo, y hasta el «Compadrito» y «Cáparatas,» héroes gloriosos de los toreros de San Pablo.

En el juego de pelota, declarado juego real como el billar y los gallos de San Camilo, se pasaban también horas agradables, y el señor mi padre, como otros parianistas, le dispensaban protección.

En el extenso cañón del juego, que mide ochenta y seis varas de la torta á la votadera, se apostaban par-